

MILES  
DE OJOS

## **Miles de Ojos**

Barrientos, Maximiliano

1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Caja Negra, 2022.

248 p.; 21 x 14 cm.

(Efectos Colaterales, 1)

978-987-48226-5-9

1. Literatura. 2. Narrativa

Latinoamericana. I. Título.

CDD 860

Esta edición de *Miles de ojos* es publicada bajo el acuerdo de Ampí Margini Literary Agency y con la autorización de Maximiliano Barrientos.

© Maximiliano Barrientos, 2021

© Caja Negra Editora, 2022



### **Caja Negra Editora**

Buenos Aires / Argentina

[info@cajanegraeditora.com.ar](mailto:info@cajanegraeditora.com.ar)

[www.cajanegraeditora.com.ar](http://www.cajanegraeditora.com.ar)

**Dirección editorial:** Diego Esteras / Ezequiel Fanego

**Producción:** Malena Rey

**Coordinación:** Sofía Stel

**Diseño de colección:** Consuelo Parga

**Diseño de interiores:** Tomás Fadel / Consuelo Parga

**Maquetación:** Tomás Fadel

**Ilustración de tapa:** Alexis Varga

**Corrección:** Eva Mosso y Sofía Stel

A Hidetaka Miyazaki,  
que cuenta mundos,  
no historias.

No tenemos inconvenientes en declarar que el esplendor del mundo se ha enriquecido con una nueva belleza: la belleza de la velocidad. Un automóvil de carrera, con su caja adornada de gruesos tubos que se dirían serpientes de aliento explosivo... un automóvil de carrera, que parece correr sobre metralla, es más hermoso que la Victoria de Samotracia.

**F.T. Marinetti**

Reconciliación de la nada con la realidad, la aniquilación del tiempo y el espacio por las altas velocidades sustituye el exotismo del viaje por la vastedad del vacío, lo que no planteaba ninguna duda para Heine, que veía en esta aniquilación el fin supremo de la técnica.

**Paul Virilio**

El efecto que eso produce no puede ser entendido si uno no estuvo allí. Su belleza tampoco puede ser entendida, y cuando uno ve la belleza en la desolación algo cambia adentro de uno. La desolación intenta colonizarte.

**Jeff VanderMeer**

# PRIMERA PARTE



Un rojo espeso era el cielo en ese atardecer. Caminaron cuatro horas entre matorrales y árboles enanos hasta que llegaron al lugar. Se hincaron en la tierra frente a una roca, la única en toda el área. El muchacho tenía los pies adoloridos y la ropa sudada. Su padre ni siquiera aparentaba cansancio. Se acomodó el pelo hacia atrás y colocó la mochila por delante y la abrazó.

Me duelen mucho los pies.

No hablés, dijo el padre, y cerró los ojos, pronunció palabras que el muchacho no consiguió descifrar. Abrió la mochila, sacó los pistones y dos palas pequeñas y le alcanzó una.

Vamos, dijo.

Se pusieron de pie y cavaron. Su padre arrojó los pistones. Los contemplaron en silencio por casi un minuto. Se pasó una mano por la nariz y limpió sudor y mocos. El hambre trituraba sus entrañas. Lo rojo del cielo se convirtió en una oscuridad azul, líquida. Habían pasado tres horas desde el canto del último pájaro, el silencio emanaba de la tierra y del aire y era tan insidioso como el calor. Extrajo un cuchillo de la parte trasera de su pantalón y se hizo un corte en la mano derecha. La sangre brotó,

espesa, y la dejó caer en los pistones. Miró al muchacho y este retrocedió.

Vení, dijo.

No.

Sin que le cambiara la expresión del rostro, lo sostuvo de un brazo y lo llevó hasta donde habían cavado el pozo.

Soltame, dijo.

Le abrió los dedos de la mano derecha sin ningún esfuerzo y le hizo un corte. Apenas emitió un quejido. Lo obligó a acercarla y vertió la sangre. Cuando fue suficiente, su padre la envolvió en un trapo y cubrió el hueco con tierra.

Apareció detrás de uno de los árboles enanos. Vestía jeans azules, gastados, y una blusa negra que tenía el dibujo de una guitarra eléctrica. Los ojos no eran suyos, como si hubieran volcado hielo en la negrura de sus pupilas hasta descolorarlas: lo miraba desde aquello tan frío y tan frágil.

Veo a mamá, dijo.

¿Qué cosa?, dijo su padre.

Allí, y señaló a uno de los árboles enanos.

¿Qué hace?

Nada, nos mira.

¿Te habla?

No

¿Parece feliz?

¿Por qué no se lo preguntás?

Sabía que su padre no podía verla, solo veía el polvo en las hojas, y de alguna forma lo reconfortó. Ni un poco de brisa, el calor era una presencia agobiante y seca. Lo sentía en los huesos del rostro cada vez que respiraba.

No dice nada, dijo el muchacho. Solo me mira.

Vamos, dijo su padre, y se marcharon.



Años más tarde caminó por el monte hasta que divisó la roca. A diferencia de aquella vez, era de mañana y la mayoría de los árboles enanos habían desaparecido. En uno de los pocos que quedaban alguien había colgado un muñeco bebé. Le pintaron la boquita de rojo. El plástico estaba sucio y agrietado y presentaba al menos una decena de quemaduras de cigarro. Con una pala removió la tierra hasta que dio con los pistones. Los extrajo, los limpió y los colocó en su mochila. Miró la cicatriz en la palma de su mano derecha, miró por última vez el lugar donde había estado el fantasma de su madre.

Tras habérselos colocado al motor del Plymouth Road Runner que habían escondido la misma cantidad de años atrás, se lanzó a la ruta. Los rayos del sol se estrellaban en el parabrisas. Pronto vendrían, disfrutaba esos momentos de calma. A su padre lo encadenaron en un árbol y le derrieron el rostro con ácido. No les dijo dónde los había enterrado ni tampoco dónde ocultó el auto. Lo mantuvieron una tarde entera en agonía hasta que la vida se le salió del cuerpo a chorritos. Él, un muchacho entonces, se escondió en una habitación secreta que construyeron previendo esa situación. Cuando los hombres se marcharon, cortó los

amarres que ataban el cuerpo al árbol. No parecía humano. Un borrón donde antes estaba su risa. Solo sus ojos transmitían esa vieja sensación de familiaridad, lo demás parecía plástico quemado.

Algo sin nombre.

Pasó el resto de la tarde observándolo. A su madre también la habían asesinado. Desde entonces llevaron una vida clandestina. Él no la vio morir, no supo cómo sucedió y su padre jamás hablaba de ella. Durante años se convirtió en un errante, se quedaba en albergues, siempre en movimiento, yendo de un sitio a otro, hasta que llegó la fecha en que debía desenterrarlos y ponerlos en el Road Runner y dirigirse al altar.

Por el retrovisor vio al auto que se aproximaba a gran velocidad. El motor los llamaba. Imaginaba el zumbido en sus cerebros. Dejó que se acercara, disfrutó de los últimos segundos de calma, la línea rota del asfalto zigzagueaba en esa mañana de un sol tan intenso y tan blanco. No tardó en alcanzarlo, un Corvette sin placa. Los vidrios negros, no pudo ver al conductor. Al principio no intentó nada, se limitó a compartir la ruta apegado al Road Runner. Arremetió, pero fue rápido y consiguió esquivarlo. Aumentó la velocidad y lo dejó atrás. Lo perseguía, se encontraba a menos de cinco metros. Frenó y su perseguidor lo sobrepasó, el olor del caucho quemado saturó sus fosas nasales. Aceleró de vuelta e impactó el faro izquierdo, el auto salió de la ruta y se estrelló contra un árbol.

Se detuvo, no apagó el motor. Bajó, del portaequipaje sacó un bidón y una llave inglesa y se aproximó caminando despacio. Rompió el vidrio de la puerta del chofer. Era un gordo cuarentón, estaba inconsciente, tenía el rostro enterrado en el tablero. Vidrio molido en su pelo y en su nuca y en el cuello de su camisa. La sangre emanaba de un corte a la altura de la ceja izquierda.

Lo sacó del Corvette y lo recostó en la tierra. El gordo tosió y abrió los ojos, parecía que despertaba de una pesadilla. Intentó hablar pero le dio una patada en el hígado y se arrodilló a su lado. Aguardó a que el dolor pasara, a que acumulara la fuerza suficiente para mirarlo a los ojos.

Roció su rostro con gasolina y le prendió fuego.

No era una voz lo que salía de aquella carne rostizada, tampoco ruido animal. El dolor del gordo no llegaba a su mente, se quedaba en el margen del entendimiento, latiendo en los bordes de sus tímpanos, hasta que fue apagándose. Cuando se hizo el silencio, meó sobre el cráneo en llamas.

Volvió al Road Runner y continuó el viaje.

La máquina respiraba. Sentía la velocidad en sus huesos, era aire convertido en deseo. La furia del motor se esparcía en sus sinapsis, era calor en la nuca y en las encías. Los focos de la radio se iluminaron. Al principio solo escuchó interferencia pero ese ruido formó una voz.

Demorás lo inevitable, dijo el albino.

Intentó apagarla, las luces parpadeaban. Más interferencia y otra vez la voz:

Es nuestro. Nos pertenece.

Se apagaron y lo único que escuchó en esas horas finales de la mañana fue el motor.

Rugía.